

Dejarémos para los capítulos siguientes la indicacion de los restantes efectos por no extendernos sin medida al querer declararlos todos.

### CAPÍTULO IX.

*Estragos de la lujuria en los niños de pocos años.—Conducta de sus padres.—Dicho de san Juan Crisóstomo.—Corrupcion actual de la niñez.—Eleccion de escuelas y colegios.—La Iglesia y la masonería.—La liviandad es insaciable.—Esclaviza.—Impide la conversion.—Jezebel es su tipo en el Apocalipsis.—Ocho hijas de la lujuria.*

No hay duda que muchos niños padecen gravísimas enfermedades por haberlas heredado de sus padres, y de los accidentes venéreos que padecian, sacando desde el seno materno sus dolencias y sus plagas. En el capítulo VIII del sagrado Libro de Tobías puede leerse aquel ejemplarísimo razonamiento que tuvieron los virtuosos jóvenes en el primer día de sus desposorios, y lo que les dijo el arcángel Rafael: *Los que de tal suerte reciben el matrimonio que apartan á Dios de si y de su mente, y se entregan á sus apetitos como los brutos sin razon, el demonio tiene potestad sobre ellos* (Tob. vi, 17 et seq.).

Aquellos mozos desenfrenados en la torpeza, que cuando llegan á desposarse van inficiona-

dos de asquerosas enfermedades, debilitados con los excesos, y perdidos de vigor y de salud, ¿qué vigor y salud podrán comunicar á sus hijos, dado que los tengan? El Sábio dice que *del inmundo nada limpio procede* (Eccl. xxxiv. 4).

Que si de los males naturales pasamos á los espirituales, cuán cierto es que de los progenitores desenfrenados en la lascivia muchas veces se transfunden en los hijos las inclinaciones y propensiones contra la honestidad y pureza. *Si la raíz es santa, tambien lo son los ramos*, dice el Apóstol (Rom. xi, 16); mas si la raíz está viciada todo sale inficionado. Por eso el Señor llamó á los judíos *raza de víboras* (Luc. iii, 7), porque, de envenenados padres, nacen hijos envenenados, explica san Agustin; lo cual se entiende regularmente, porque solo Dios puede hacer limpio lo que nace de impura semilla, como advierte el santo Job (xiv, 4).

Aun de la primera leche que se da á las criaturas despues de nacidas, importa mirar de quién se recibe; porque tambien influye y conduce para las buenas ó malas inclinaciones en adelante, como lo tengo dicho en el Libro de la *Familia regulada*. Por lo cual (no sin misterio), el insigne caudillo del pueblo de Dios, Moisés, no quiso alimentarse al seno de ninguna mujer egípcia, sino que le fué buscada nodriza hebrea, como Lira y Josefo lo notaron. (Exod. ii. 7). Mas no por lo dicho, es lícito juz-

gar mal de los padres y amas aunque las criaturas salgan de malas inclinaciones, ó nazcan con alguna deformidad, pues del ciego de nacimiento dijo Jesucristo, que ni sus padres ni él habian pecado para que le viniese aquel defecto, sino que Dios lo habia dispuesto para que en él se manifestase su gloria.

Si los niños, desde sus tiernos, años se vician en la impureza, es un trabajo grande que no tiene digna ponderacion humana, como dice san Buenaventura; porque hasta en lo físico se arruinan y desmedran con excesos que les contaminan hasta los huesos, como dice Job: *Llevaránse sus huesos de los vicios de la adolescencia.* (Job. xx, 11). Además, unas veces que se vician en gravísimos desórdenes, suelen comenzar sus confesiones malas y sacrílegas, y los ministros celosos se hallan en imponderable trabajo para su remedio. Hay, pues, que cuidar por todos los superiores, cada uno en su esfera, para que no se introduzca semejante vicio en los niños, que de todos modos los arruina y los pierde. Lo que no se remedia en el principio, tiene despues dificultoso remedio, ó no lo tiene; pues como dice san Antonio de Padua, la lujuria es un fuego, cuyo incendio debe precaverse desde los principios.

En materia de torpeza nada han de disimular los padres á los hijos si no quieren perderlos. Ni aspecto impúdico, ni palabra obscena, ni ac-

cion deshonestas, ni equívoco de doble sentido, ni chiste ó gracejo de impureza les han de permitir jamás, ni que en su presencia cuenten fábulas amatorias, ni se lean comedias ó novelas, porque los jóvenes y los niños primero aprenden lo malo que lo bueno. *Como por modo de risa hace el necio mucho mal*, dice el Sábio. (Prov. x, 23). Y el mismo cuidado deben tener respectivamente los maestros, guardándose de que jamás se quede sin castigo cosa alguna que á la sensualidad pertenezca. San Juan Crisóstomo dice á los padres y maestros que sus palabras con los muchachos siempre sean pocas y graves, para que les tengan atencion y respeto. Ni conviene jugar con ellos, porque se insolentan con la mucha conversacion y llaneza, y despues no se dejan corregir ni castigar en lo que más importa. El Sábio dice, que si juegas con tu hijo, él te dará el pago que mereces: *Juega con tu hijo, y él te contristarà* (Eccles. xxx, 23).

En cuanto á los párrocos y confesores, deben hacer entender á los niños ó jóvenes entregados á estos desórdenes, lo primero, que sus pecados, antinaturales, son feisimos, de suma gravedad, y abominables; lo segundo, que puede Dios, y aun suele castigarlos con terrible y repentina muerte; lo tercero, que los castiga con accidentes molestísimos, vergonzosos y dolorosos; lo cuarto, que deben fundarse bien en

el santo temor de Dios y en el de las penas eternas del infierno con que Dios les castigará si no se enmiendan, y finalmente que deben cumplir tales penitencias, que no solo satisfagan por las culpas cometidas, sino que los preserven de nuevas caídas, fundándose en una sólida y tierna devoción á la Virgen Inmaculada, protectora de toda pureza.

NOTA.

Que hay actualmente en la niñez entre nosotros, una precocidad inconcebible en materia de lascivia: que á la edad de siete ú ocho años la mayor parte de los niños han perdido la inocencia: que á la de cinco ó seis ensayan satisfacciones imposibles, y que á la de doce ó catorce son maestros consumados en infamias, son cosas que advierten y deploran todos los que estudian seriamente y de cerca las costumbres de esa edad, y principalmente los que observan las conciencias. Que el mal está en su mayor parte en las reuniones, donde uno ó dos pequeños monstruos, que nunca faltan, corrompen á la multitud; que esas reuniones son casi inevitables en las escuelas y colegios, y que la desaparición del elemento religioso de estos establecimientos ha hecho desaparecer hasta el último rastro de moralidad (porque, digase lo que se quiera, no hay moral sin religion), son cosas que saltan á la

vista de quien quiera que no viva infatuado con las locas teorías modernas. De suerte, que á los graves consejos del P. Arbiol, debe añadirse como cosa principalísima, la elección de escuelas y colegios. Los declaradamente ateos deben ser eliminados á toda costa; los que se llaman católicos, fuerza es decirlo, no todos inspiran fundada confianza. Cuando solo se trata de explotar el ramo de la enseñanza, bien podrá hacerse gala del título de católico para atraerse á la inmensa mayoría de padres de familia católicos; pero solo quien ejerce el profesorado como un apostolado, y no como un mero ramo lucrativo, puede prestar garantías de vigilar la moralidad de los alumnos. Tal es nuestra íntima convicción corroborada por multitud de hechos. No falta ciencia hoy á los maestros, la ciencia se ha vulgarizado sin duda, pero hace grande falta la conciencia. La Iglesia católica, atenta siempre á espiar las necesidades sociales para buscarles un remedio, y recibiendo el primer impulso de los Papas, sus augustos jefes, procura hoy más que nunca, conservar en sus manos la niñez y la juventud, que la masonería, y los gobiernos que son sus manequies, procuran arrebatarle con denodado empeño. La lucha es inmensa, y tiene por teatro al orbe entero: los gobiernos han disparado golpes certeros y mortales secularizando la enseñanza, y entre nosotros, invalidando los cursos practicados en los institutos católicos; tiranía estúpida y sin nombre copiada del apóstata Juliano, y que pone á los padres católicos

en terrible conflicto, teniendo que optar entre la ignorancia, ó la falta de profesion y de porvenir de sus hijos, por una parte, y por otra la pérdida de su fe, la perversion de su inteligencia por las malas doctrinas, y la ruina de sus costumbres, su consecuencia inevitable. Es muy fácil dar el consejo de optarse por el primer extremo, pues más vale la ignorancia que el ateismo, y es preferible la mendicidad honrada á la prostitucion titulada y fortunosa; pero hacer adoptar á los padres de familias, cristianos de fe casi muerta, dicho consejo, *hic opus, hic labor est*. Solo Dios que ha hecho sanables á las naciones, podrá remediar tamaños males.

Mas continuemos con la exposicion, aunque sucinta, de los efectos de la sensualidad que el Paduano, y que el P. Arbiol no tuvo á bien, ó no pudo seguir declarando uno á uno como los primeros. *Insatiabilis est. Cogit servire. Reverti non sinit ad Dominum*. Que la reina del siglo, la liviandad, sea insaciable, á fuerza de ser tan sabido ha pasado á ser un lugar comun. Hugo, al hablar del hidrópico del Evangelio, dice que «por esto se significan los libidinosos, porque así como el hidrópico, cuanto más bebe, tanto más sed tiene, así el que en la lujuria se sumerge, más y más sin cesar la apetece.» San Bernardo dice, que la necesidad que comenzó á tener el hijo pródigo, *capit egere*, le provino de vivir deshonestamente con rameras, y que estas rameras son sus carnales concupiscencias, que haciéndole disipar todos los bienes de la

naturaleza, le producen esa terrible indigencia de la que se dice que «ni el ojo se sacia de ver, ni el oido de escuchar.» San Pedro Crisólogo en su segundo Sermon, declara como «el diablo no deja saciarse á los pecadores ni aun del mismo pasto de los cerdos, para que teniendo hambre de vicios, más y más delincan.» Y luego añade esta sentencia: «Los lujuriosos no pueden saber qué es saciedad, porque la voluptuosidad jamás se llena.» Vemos, pues, que en la célebre parábola del hijo pródigo se está dando á entender de muchos modos la insaciable sed de la sensualidad: ya en el hambre é indigencia que el infeliz jóven padece; ya en los viles manjares que nadie le daba; ya en los mismos inmundos animales que guarda, símbolo de voracidad insaciable, así como de hediondez y de inmundicia. El *cogit servire*, debe haberlo tomado tambien de aquí san Antonio, para ponerlo como efecto de la lujuria, pues dice la parábola, que el pródigo se adhirió á uno de los ciudadanos de aquella region, quien le envió á apacentar cerdos. «La concupiscencia, dice tambien el Crisólogo, ha echado á un jóven de su patria á la extraña, hale trocado de hijo en mercenario, de rico en miserable, de libre en esclavo; hale arrojado entre los cerdos, hale arrancado del lado de un tierno padre, para servir á un inmundísimo rebaño, ya que no quiso servir á la piedad filial.» En cuanto á los amos á quien sirve, san Juan Crisóstomo juzga que son los demonios, y lo mismo dicen san Agustin y san Gerónimo. Así, pues, cuando

asegura el Espíritu Santo que, *todo el que hace el pecado, es siervo del pecado* (Joan. viii, 34), no cabe duda que sus palabras se aplican especialmente al pecado de lujuria que esclaviza á sus adeptos de la manera más ruin y miserable, haciéndoles prosternar á los piés de vilísimas criaturas, con mengua del propio decoro, y vilipendio de la humana dignidad. Fácilmente afluyen las reflexiones acerca de ello. Que el vicio impuro no deje volver al Señor, ni parece contrario á la parábola en que se narra la vuelta del jóven desatentado. Pero aun no tan algunos doctores, esta vuelta fué la primera, y no se lee que haya abandonado á su padre, y de nuevo haya sido recibido. Y las recaídas del sensual y sus vueltas al delito, son continuas; su conversión casi nunca es sincera; por otra parte, para que el pródigo volviese, fué preciso que el hambre, la miseria, la desnudez y la más cruel servidumbre le hubiesen abierto los ojos, y esto mismo está probando que la vuelta del libidinoso es cosa muy difícil, y que solo con golpes terribles y azotes de todo género puede llegar á conseguirse. Santo Tomás nota, que la lujuria, por el apego á las delicias terrenas, hace menospreciar los bienes eternos, y que de este modo lleva al hombre á la desesperacion (2. 2. q. xx, a. 4), y claro está que la desesperacion impide de la manera más terrible la vuelta á Dios en lo que la esperanza hace tan gran papel. En el capítulo segundo del Apocalipsis se habla de Jezabel como seductora y sensual, á la cual se le dió tiempo

para arrepentirse de sus maldades, y *no quiso arrepentirse de su fornicacion* (Apoc. ii, 21); sobre cuyo pasaje el doctísimo Sylveira hace notar, que aunque esta mujer era rea de muchos delitos, pues se nos muestra como fingida profetiza, maestra de falsedades y provocadora á prácticas idolátricas, especialmente se dice que no quiere arrepentirse *de fornicatione sua*, por ser muy propio de este vicio la impenitencia. Y cita á san Ambrosio que dice: «El alma entregada á los deleites carnales, hállase como enclavada por ellos como con duros clavos, y una vez descendida á este cieno, difícilmente se levanta, porque sus pecados son como cuerdas que le atan, y el cebo de las delicias del siglo le entretiene:» y añade san Cipriano: «La impureza siempre detestable, es el incendio de la buena conciencia, y la madre de la impenitencia final.» Por eso lleva á sus adeptos á la tribulacion máxima: como se dice en seguida en el Apocalipsis, y en su segundo comentario sobre este libro profundísimo, dice el Angélico Doctor que hay una tribulacion *grande*, que es la disolucion del alma y del cuerpo, esto es, la muerte; otra tribulacion *mayor*, que es la condenacion del alma salida del cuerpo; y la tribulacion *máxima* que aqui se anuncia, que es la condenacion del cuerpo y alma juntos despues del juicio final. Entre las ocho hijas que el Santo asigna á la lujuria (22, q. clxxx, a. 5), la primera, que es la ceguedad de la mente; la sexta, que es el odio de Dios, y la última que es la desesperacion del siglo futuro, indican bas-

tantemente cuánto esa pasión infame y detestable impide el volver á Dios, que es uno de los efectos que le asigna san Antonio: *reverti non sinit ad Dominum.*

### CAPÍTULO X.

*Estragos de la lujuria en los mozos. — Padres y confesores. — Hoy se temen más los males corporales. — Males de un hábito culpable muy extendido. — Enumeracion de síntomas. — Cuadro de enfermedades, aun incompleto. — La lujuria quita el juicio á Salomon. — Aborrece la ira y ama las tinieblas. — Cornelio Alapide.*

Los delitos de la juventud deben poner á todos en mucho temor y cuidado; pues el santo rey David los temia, rogando á Dios que no se acordase de ellos ni de sus torpes ignorancias. (*Psalm. xxiv, 1*). Toda la vida mortal está llena de peligros: más principalmente la juventud los encuentra á millares; y si en ella se dejan arraigar los vicios, es muy dificultoso y aun á veces moralmente imposible el arrancarlos hasta la muerte. Por eso dijo el Sábio aquella formidable sentencia: *El jóven, segun su camino, aun cuando envejeciere, no se apartará de él* (*Prov. xxii, 6*): lo cual, aunque se entienda de todos los vicios, san Buenaventura lo contrae especialmente á los de la lascivia.

Los peligros fatales á que suelen exponerse

los jóvenes con la lubricidad é incontinencia, son bien notorios: el uno pierde la salud con los pestilenciales accidentes y humores sifilíticos que recoje; el otro cae en el lecho, y se gasta y consume con ellos; éste que para en las cárceles y presidios donde pierde con la libertad la honra y la fama; aquel que pierde aun la vida en los encuentros locos y furiosos á donde le arrastran sus criminales empeños; unos caen en la miseria, perdiendo su caudal en los desórdenes; otros ahogan en la torpe embriaguez sus desazones ó desengaños; muchos pierden su porvenir ó su carrera, y algunos la razon en la locura, y aun la vida en el suicidio. Innumerables son las desgracias que suelen suceder á los jóvenes sensuales y libertinos, pero la peor de todas es, sin duda alguna, el vivir continuamente en desgracia de Dios, y en el estado lamentable de condenacion eterna, pues en ésta se contienen todas, y á todas infinitamente las supera, puesto que no hay digna conmutacion por el alma propia, como lo dice nuestro divino maestro (*Matth. xvi, 26*). Si tienes hijos, dice el Sábio, guárdalos mucho en su juventud, porque es el tiempo de los mayores peligros. No les des libertad, no sea que llores su perdicion con dolor de tu alma. Mejor es el pobre sano y robusto, que el rico lánguido y enfermo, castigado de Dios por su malicia. Todas estas prevenciones las hace el

Sábio ilustrado de Dios, á los padres de familia para que guarden á sus hijos sobre todo en el tiempo de su juventud, que es cuando regularmente se pierden: *No des potestad á tu hijo en la juventud* (Eccl. xxx). Con los jóvenes y mozos desenfrenados deben andar con cuidado los confesores, porque suele haber en ellos un abismo de maldades. Primeramente, la inobediencia con sus padres que les prohíben las salidas nocturnas, materia grave y justa, en que pecan mortalmente si no quieren obedecer; lo segundo, el grave peligro á que se exponen de perder la vida en riñas, pleitos y desafíos; lo tercero el incitarse, llamarse y acompañarse unos con otros para semejantes rondas temerarias y locas, lo cual es grave pecado de mal ejemplo y escándalo; lo cuarto, las infecciones contagiosas de las personas con quienes tratan, que les quitan la salud, en lo cual pecan como si voluntariamente se envenenasen; lo quinto, los escándalos que promueven en los barrios ó sitios con sus locuras ó festejos; las pesadumbres á su familia, las resistencias graves á la justicia, las circunstancias que mudan la especie, y que hay el deber de declarar, etc.

Las penitencias sean no solo de visitas de altares ó rosarios, sino en algun modo proporcionadas á los delitos, y medicinales, que ayuden á sanar de las enfermedades del alma.

NOTA.

Habla luego el P. Arbiol de la conducta de los confesores para con los consuetudinarios, asunto enseñado en los tratados de Moral, y en las Instrucciones para los mismos confesores, como las de san Ligorio y otras, numerosas y bien escritas, que no faltan en la mano de los sacerdotes, por lo cual aqui lo pasamos en silencio.

Tanto en este capitulo, como en el anterior, el Autor ha indicado algo acerca de los daños que trae á la salud la lascivia. En nuestros tiempos, en que los excesos son más crecidos y mucho más numerosos, conviene grandemente iniciativa en este punto, y tanto más, cuanto que á gran número de culpables, más les mueve el temor de estos daños físicos, que pueden de presente sobrevenirles, que el de las penas eternas que la fe, debilitada, mira como muy lejanas, y la presuncion en la divina misericordia cree poder al fin evitar del todo. Es cierto que el dolor en la confesion debe estar fundado sobre motivos sobrenaturales, y que no bastaria el arrepentimiento del pecado por solo sus efectos funestos en la salud y la vida. Pero esto no quita el poder ayudarse con estos motivos subsidiarios que impresionan vivamente, y asustan no poco á los culpables. De aquí que los confesores acudan á consultar el libro que aconseja el señor Bouvier en su Apéndice en volumen separado de su Teología, ó al más moderno Diccio-

nario de Medicina usual y doméstico que publicó Luis Vives, para servir especialmente á los sacerdotes, y cuyo lenguaje es siempre decente y moderado. De él tomamos, en el artículo relativo á cierta habitud culpable, que no nombraremos, y que todo es muy digno de leerse, los siguientes motivos, que no hacemos mas que traducir.

«A mi juicio, dice el Dr. Réveillé-Parise, ni la peste, ni la guerra, ni la viruela, ni muchos otros males semejantes, producen tan desastrosos resultados para la humanidad, como dicha habitud, elemento de destruccion de las sociedades civilizadas...

Pasemos á los síntomas. La nutricion es una de las primeras funciones que se alteran. Gástase el cuerpo, la carne enflaquece, el color cambia, el semblante queda habitualmente pálido, un círculo plomizo borda el párpado inferior; la mirada pierde su expresion, y reviste á menudo un carácter sensible de languidez, de inmovilidad y estupor; las digestiones acaban por desarreglarse; la apetencia disminuye; el trabajo digestivo es lento, penoso, laborioso, con alternativas de constipacion, de diarreas y de cólicos. Las fuerzas, agotadas por una parte, y por otra, mal reparadas, no pueden sostenerse; el ejercicio, tan natural y apetecido de los jóvenes, se hace menos fácil y atractivo; sienten pereza, vacilacion, palpitations originadas por cualquier movimiento, y sofocaciones que el solo desórden de la influencia nerviosa acarrea aun durante el reposo. Al mismo tiempo que la ro-

bustez declina con las fuerzas, vá exaltándose la sensibilidad física y moral, y el cuerpo vá haciéndose muy impresionable á la intemperie y variaciones atmosféricas. El carácter va tambien cambiando; tórnase desigual, triste, irritable, fastidioso, tímido, vergonzoso, sombrío y pusilanime; las facultades intelectuales, y en particular la atencion, la memoria y la imaginacion, padecen considerablemente, debilitándose ó depravándose del mismo modo las morales y afectivas. Este estado de degradacion física y moral, cuyo cuadro aun está muy abreviado, conduce las mas veces directamente á la fiebre hética y á una multitud de afecciones nerviosas.

Por lo demás, ved aquí, segun Deslandes, buen observador y crítico juicioso, el simple catálogo de las enfermedades que se han visto resultar de los excesos venéreos: Apoplejias del cerebro y del cerebelo; afecciones crónicas del cerebro y de sus membranas, y del cerebelo; epilepsia; danza de san Vito; enagenaciones mentales; afecciones de la médula espinal; consuncion dorsal; caries vertebral; contractura de las extremidades inferiores; pérdida ó debilitamiento del oido ó de la vista; estrabismo y otras afecciones de los músculos del ojo; dolores neurálgicos y reumáticos; gota, hemorroides; escrófulas; tubérculos; tisis tuberculosa; asma; enfermedades del corazon y de las gruesas arterias; raquitismo; friabilidad de los huesos; fiebres agudas; satiriasis y ninfomanias; neurosis uterinas; priapismo; paraquimosis, herpes prepucial; balanitio y blenorragia; incontinencia de



orina; hidroceles, rariococeles y circococeles; deterioro de las razas.... Tal es la lista, y sin duda aun incompleta de las enfermedades que tal habitud, y los excesos venéreos pueden acarrear. ¡Ni como una causa que mina tan profundamente la constitucion, dejára de hacerlo accesible á las enfermedades de toda especie!» Nosotros suprimimos todavia en ese catálogo, diez ó doce más que comprende, y que no me ha parecido conveniente ni aun nombrar; pero basta lo dicho, y lo que detalla Fissot en la obra citada por el señor Bouvier, y que ha aprovechado á muchos jóvenes ya pervertidos, abriéndoles los ojos ante la horrible y funesta suerte que les espera. Volvemos á indicar que es muy útil insistir en estos males, pues todo medio que ayuda á la grande obra de la moralizacion de las costumbres no debe desdeñarse. En el artículo del cual copiamos algunos trozos, se dan reglas preventivas acerca del mismo asunto, muy importantes para los padres de familia, para los institutores en los colegios, y para los ayos y maestros de la niñez y juventud.

Sentimos mucho no transcribirlos aquí, pero la índole de este trabajo no lo consiente.

Continuemos declarando brevemente los efectos de la lujuria, trazados por san Antonio de Padua.

*Cor deprædatur. Abhorret lumen; amat tenebras.* Con lo primero parece aquí significarse que la liviandad quita el juicio y la cordura, en cuyo sentido se toma la palabra *cor* á veces aun en las sagradas Letras. De ese efecto parece que

no se puede hacer ver mejor que en Salomon. De él se dice en el Libro tercero de los Reyes, que pidió al Señor un corazon dócil para saber gobernar al pueblo, y que Dios, contento con esta petición, le «dió un corazon sábio é inteligente, en tanto que ninguno antes de él le haya sido semejante, ni en lo sucesivo lo sea.» (*III Reg. III, 12*). Ahora bien; pasemos ocho capítulos, lleguemos al undécimo, y comenzará diciéndonos que el rey Salomon amó á muchas mujeres extranjeras, moabitas, amonitas, idumeas, sidonias y heteas, de las que Dios habia dicho que ciertísimamente apartarian los corazones para seguir á sus dioses; y que tuvo el increíble número de mujeres que es tan sabido, y que las mujeres, *averterunt cor ejus*. Y que siendo *ya anciano* (cuando debiera haber llegado á la plenitud de la ciencia, de la experiencia, del juicio y de la cordura), *su corazon fué depravado por las mujeres* para seguir dioses ajenos, ni era su corazon perfecto en el Señor *su Dios como lo era el corazon de su padre David* (*III Reg. XI, 4*). Hé aquí el corazon inteligente y sábio cual no le hubo jamás, apartado de Dios por las mujeres, depravado por las mujeres, adorando dioses infames y ridículos, á Astarte y á Moloc, y levantándoles templos, es decir, perdida la cordura, volado el juicio, huida la prudencia, dementada la ciencia. ¡Y todo por las mujeres! *Cor deprædatur.*

*Abhorret lumen, amat tenebras.* El P. Arbiol traduce, ó mejor, interpreta que la luz divina; pero creemos que aun al pié de la letra puede en-

tenderse. Otros pecados salen á luz pública, las riñas, hurtos, homicidios, embriagueces, etc.; la lascivia es tan horrible y tan abyecta que no se atreveria á herir los ojos de humana criatura: *aborrece la luz, y ama las tinieblas*; busca la lobrete de la noche, ama los escondrijos y los aposentos secretos, que por eso juntó san Pablo *in cubilibus et impudiciis* (Rom. xiii, 13). Es cierto que ahora se hace gala de los vicios abyectos, y se levantan públicamente palacios lujosos á la prostitucion, objeto de asiduos y tiernos cuidados para todos los gobiernos civilizados; pero ésta, como otras, es una grande aberracion de nuestro siglo, que demuestra haber llevado el descaro del impudor hasta el cinismo; mas el resto de la sociedad no empodrecida, siempre mira con asco y horror tantas infamias, y quisiera relegarlas al alejamiento y á la negra oscuridad.

Que si entendemos la frase paduana de la luz y las tinieblas sobrenaturales, tambien es muy cierto que el sensual huye de la luz de la instruccion y de la luz de la gracia; que se complace en rodearse de tinieblas, siendo de aquellos que *determinaron declinar sus ojos á la tierra por no ver* (Psalm. xvi, 11), y como el impio que *no quiso entender para obrar bien* (Psalm. xxxv, 4). Por eso advierte san Juan que *el que obra mal, aborrece la luz* (Joan. iii, 20), y en el libro de Job, se dice que el impio *no se apartará de las tinieblas* (Job. xv, 30).

En cuanto á las significaciones místicas de la luz y las tinieblas, y por qué la primera simbo-

liza á Dios y á la gracia por treinta analogías indicadas por san Dionisio Areopagita; y las otras simbolizan al demonio y al pecado, puede verse el copioso y bellissimo Comentario de Cornelio Alápide sobre el verso cuarto del primer capítulo de la primera Epístola de san Juan, y aun el de los tres versos anteriores.

## CAPÍTULO XI.

*De la infidelidad en los desposados.—Estragos de la lujuria en los viejos.—Almas consagadas á Dios.—Disolucion dentro de la familia, en nuestro siglo.—Bellisimas palabras del Abate Laurichesse acerca de los males del matrimonio en nuestros dias.—Solo la Iglesia por el sacerdocio puede curarlos.*

Que pueden cometerse punibles excesos y abusos de espantosa trascendencia dentro del estado nupcial, es cosa que no puede ocultarse, y que con ingeniosa frase significó san Bernardino de Sena diciendo que muy bien puede el hombre embriagarse con el vino de su propia cuba; mas acerca de estos desórdenes preciso es tender un velo, y deplorarlos sin sacarlos á luz. En cuanto á los casados que buscan la fruta del huerto ageno, teniendo su propio huerto, es un horror lo que pasa con ellos. Ni reparan en la salud, ni en la de su consorte, que vician con males importados al lecho doméstico, ni en